

# Las Revistas de Historia y la Historia

**RUBÉN DARÍO ACEVEDO CARMONA\***

*Historia y Sociedad*

**Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia**

---

\* rdaceved@unal.edu.co

La revista *Historia y Sociedad* es una publicación de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Fue creada por el finado y reconocido historiador Luis Antonio Restrepo Arango en 1997.

Su creación se sustenta en la necesidad de abrir un espacio a los docentes e historiadores formados en los, para ese momento, casi 20 años de existencia floreciente de la carrera de Historia (1978). La carrera de Historia en la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas arriba a los 35 años de existencia. Fundada por los profesores Restrepo y Álvaro Tirado Mejía, es hoy en día uno de los centros más vitales en el desarrollo de los estudios de Historia en Colombia. En 1989 ante las fuertes exigencias del mundo académico a pensar en la implementación de la formación profesional en posgrados y de tercer ciclo, se dio el paso de crear la Maestría. Finalmente, y a tono con la dinámica señalada se creó el doctorado en el año 2003. Decenas de jóvenes y nuevos historiadores se han formado en nuestras aulas en un espíritu de libertad y diversidad de tendencias y escuelas, como corresponde a una disciplina cada día más reacia a las delimitaciones escolásticas y a los dogmas. Más de 300 historiadores de pregrado, casi un centenar de magister y 12 doctores.

Hasta la reforma académica de 2005 que aflojó la exigencia de tesis producto de investigaciones de campo en la Universidad, los estudiantes de pre y posgrado utilizaron la revista para dar a conocer los resultados de sus proyectos de investigación.

La revista *Historia y Sociedad* ha sido un vehículo de primordial importancia en la divulgación de la producción académica de historiadores tanto nacionales como extranjeros. Aunque su nombre indicaría que la revista tiene cabida para textos procedentes

de disciplinas distintas a la Historia, la mayor cantidad de artículos se ubican en la esfera de la disciplina histórica.

La revista va por su número 24, está clasificada en categoría b por Colciencias, tuvo una periodicidad anual hasta 2009, desde entonces se publica por semestre.

De manera que ante la primera pregunta que se formuló en la convocatoria de este evento por parte de sus organizadores, en el sentido de si este tipo de publicaciones ha sido útil o no para dar a conocer la producción historiográfica de nuestros profesores y graduados, la respuesta es positiva. Realmente, antes de los años 80 no eran muchas las revistas especializadas en Historia ni tampoco abundaban como flor silvestre los artículos de historiadores profesionales. Los intelectuales más reconocidos en el país publicaban sus escritos en otros formatos, compendios de artículos, libros de autoría personal, revistas institucionales, compilaciones de ensayos de distintos autores.

En tal sentido, podemos apreciar la existencia de una tensión entre la producción de artículos y la de obras con sentido unitario y homogéneo a manera de tesis. No hay contradicción entre ambos formatos pero sí diferencias de tono y de énfasis. El artículo corto, como parte de una investigación más amplia puede servir de abrebocas al resultado final de aquella, pero también y en la medida en que llega a más lectores, puede suscitar la crítica o el entusiasmo por las novedades que se insinúan en él. Circula con mayor fluidez y llega a mayor cantidad de lectores.

Con los estímulos a la investigación y la creación de programas de posgrado la comunidad ha crecido numéricamente, también cualitativamente. De forma paralela han surgido revistas especializadas en diferentes centros académicos. Por supuesto, y no obstante los

filtros creados para garantizar publicaciones con altos niveles de calidad, se detectan problemas que sólo enunciare sin profundizar, con el interés de estimular una reflexión entre los pares y las publicaciones. Me refiero a la tendencia que se está presentando en un sector de investigadores que, aprovechando un sistema de puntos salariales por publicación en revistas es más rentable que lo que se obtiene si se publica la obra en un libro, optan por sacrificar esta última modalidad y envían cada capítulo a publicaciones distintas. Hay en tal práctica un problema de ética y otro académico. Desde lo académico el perjuicio radica en cuanto se fragmenta el conocimiento plasmado en una tesis o monografía, impidiendo que aflore la crítica de conjunto. El problema ético está referido a los flojos controles de los pares lectores. Una de las formas es que asumen un lenguaje prefijado para los conceptos en que basta cambiar nombres de personas y de trabajos. Otros se amparan en tráfico de influencias y amiguismo para saltarse las exigencias. No sobra reconocer que hay jurados que aprueban textos al saber que proceden de investigadores de amplia trayectoria para no correr el riesgo de “pisar callos” o evitar futuras retaliaciones. Son vicios y fallas que afectan la calidad de las publicaciones y dan pretextos a quienes, sin estudios fiables y sin base empírica, cuestionan a las ciencias humanas y a sus disciplinas por la baja calidad de sus publicaciones.

El mensaje que queda, antes de que la enfermedad avance a límites intolerables, es que estamos abocados a estimular la realización de estudios críticos sobre qué tan fatal y extendido es el abuso con el sistema del puntímetro. Precisamos de balances que nos entreguen herramientas y medidas confiables para conjurar los vicios y garantizar publicaciones con estrictos controles de originalidad y pertinencia.

Con respecto a las líneas de investigación que han sobresalido en nuestra revista puedo resaltar al menos tres. En primer lugar, el agrupamiento en torno a la llamada historia social en su más amplio sentido en el que caben desde estudios sobre fenómenos sociales, hasta historias regionales y locales pasando por investigaciones de épocas y amplios periodos históricos. Aquí, la influencia más notables es de la escuela francesa y la revista *Annales*, muy presente en los cursos de nuestro Departamento y de alta estima entre buena parte de los docentes. En segundo lugar, debo reconocer la amplia influencia que entre nosotros ha tenido la escuela foucaultiana que se ha expresado en numerosos estudios y publicaciones sobre la historia de las disciplinas, la salud, el cuerpo y las enfermedades, las formas de producción de los saberes, la moral y el castigo, la sexualidad y la locura. En tercer lugar, tenemos una especie de potpurri que está atravesado por preocupaciones de orden culturalista en el que caben trabajos en historia de las mentalidades e historia de los imaginarios colectivos en materias y temas tan disímiles como la religiosidad, la política, las artes, la vida cotidiana, las representaciones, la formación de la nación, los sectores llamados subalternos. Se trata de una perspectiva de gran acogida entre los jóvenes investigadores que buscan rescatar una amplia gama documental desechada en el pasado para entender otras manifestaciones y expresiones de la sociedad y la cultura. Es una perspectiva de hacer Historia que no es alternativa a otras que no surge en calidad de paradigma sustituto, pues no tiene esas pretensiones y que, es transversal a todos los campos de expresión de la vida humana.

Del reconocimiento de estos campos se desprenden dos consideraciones: una referida a la manera como se han recepcionado los cambios operados en la disciplina a raíz de la crisis de los grandes metarelatos o paradigmas, y el segundo a la forma como dichos cambios han

impactado las investigaciones de campo y en particular sobre el tipo de fuentes que se abren paso entre los historiadores.

En cuanto a la primera consideración, quiero anotar que ni los historiadores ni las revistas, como consecuencia, han prestado la necesaria atención al debate sobre el estado de la disciplina a raíz de la crisis de los paradigmas marxista, estructuralista y del historicismo. Jesús Antonio Bejarano, antes de su asesinato a manos de las guerrillas, dejó un documento que es el fiel sentimiento de quienes se lamentan no solo de la atomización sino también de la opción por la banalidad que ya se observaba a fines de la última década del siglo XX. El historiador Mauricio Archila fue uno de los pocos, sino el único, que respondió ese lamento con un ensayo bastante polémico. De ahí para acá nada se ha escrito al respecto. No se conocen estudios de carácter teórico sobre lo que representó el historicismo en sus diversas formas. El marxismo como escuela y el estructuralismo pasaron a segundo plano sin que se haya realizado el balance sobre sus aportes, sus productos, sus limitaciones y su crisis.

En cuanto a las tendencias que observamos en las temáticas que están siendo abordadas en nuestros programas de posgrado como también en las publicaciones, ciertamente, tampoco es mucho lo que se ha escrito en sentido crítico. Mucha desconfianza y prejuicios por parte de los clásicos y tradicionalistas, demasiada ligereza en los nuevos. Como siempre, hay de todo, temas y perspectivas minimalistas o micro, disecciones extremas a la manera del giro lingüístico, periodos cortos y largos. En todo caso, nada parecido al tablero de 20 o más años atrás. Un abigarrado y caótico mapa. En ese panorama sobresalen en calidad, entre otros, aquellos trabajos que están usando en sus análisis fuentes documentales que anteriormente eran subvaloradas. Hablar de mentalidades, imaginarios, identidades, producción de saberes, vida cotidiana, religiosidad, etc., no puede hacerse con el apoyo y

soporte exclusivo de fuentes oficiales y antiguas. Ahora se apela a todo aquello que represente una huella, una marca, una señal, un vestigio.

De alguna forma tenemos una comunidad que se da el lujo de pensar en la multidimensionalidad de la existencia humana en cualquier tiempo y lugar. Valorar la complejidad del tema, la adscripción a una tradición, el uso de fuentes heterodoxas y abundantes y la calidad de la escritura, constituyen las herramientas para saber si estamos o no ante un buen trabajo. Eso no va en detrimento de las visiones de conjunto ni contra el estudio de amplias unidades en el tiempo y en el espacio. Pero, pueden escapar a las pretensiones de unicidad, homogeneidad, direccionalidad y sentido que fueron dominantes en nuestra disciplina.

Pienso que las revistas de Historia sin dejar de ser rigurosas en los controles de calidad y celosas en la observancia de los procedimientos que las llevan a ser clasificadas y rankeadas, pueden y deben mantener un espíritu de apertura respecto de los resultados de proyectos de investigación en áreas, temas y temporalidades novedosas sin dejarse llevar por prejuicios.

Más allá de mi corto recorrido como director de revista, quiero plantear, desde mi experiencia como historiador, algunos problemas e inquietudes que se ventilan en torno a nuestra disciplina. No lo haré desde ninguna perspectiva integralista o teleológica. Hegel y Marx formularon sendas visiones de una Historia que obedecía a una lógica o derrotero, con principio y fin, evolucionista, de un punto a otro, progresiva, y, por tanto, con sentido. No se puede negar la inmensa contribución que al conocimiento, como interpretación, ha realizado la academia sobre situaciones vividas en el pasado por sociedades, culturas y

naciones, apoyándose en esa sugerente arquitectura. Desde el marxismo en sus diversas y numerosísimas vertientes se ha intentado y se sigue intentando hacer inteligible el pasado bajo el presupuesto de una historia total en la que todo es reducible al paradigma de la lucha de clases o a la noción no menos problemática del determinismo económico y la primacía de la base material sobre la vida espiritual, el mundo de las ideas y la cultura, en las que tendrían cabida y se harían inteligibles todas las expresiones vitales por particulares que ellas sean.

Si no se habla desde una teoría rectora o directriz, entonces se preguntarán Ustedes, y con toda razón, ¿desde dónde pienso enfocar estas reflexiones que quiero compartirles? Si bien uno siempre habla desde la experiencia propia, esta palabra puede ser recibida con cierto prejuicio, en tanto se tiende a pensar que hablar desde ahí es ni más ni menos que hablar desde el empirismo y eso no es bien visto a los ojos de una actividad que se pretende científica. Sin embargo, quiero ser sincero en reconocer que la experiencia es mi punto de partida. Lo planteo en el sentido más amplio que se le pueda dar a esa palabra en las ciencias humanas, en cuanto la experiencia alude no solo al contacto físico con las fuentes y los archivos y con el trabajo casi artesanal del historiador cuando llega el momento de redactar y crear un texto. Alude, por supuesto, al conocimiento historiográfico sobre los problemas que nos inquietan, a lo que otros estudiosos e investigadores han dejado para sus émulos y para el campo disciplinar. También al trabajo en la docencia que supone una constante reflexión sobre dudas, inquietudes de tipo particular o general, en el nivel del detalle o de la amplia unidad de análisis que surge del diálogo con los colegas y con los estudiantes en las clases. Y Por supuesto, alude a la esfera especulativa e interdisciplinar a la que tiende la Historia, que surge de un pensar la vida humana con un derrotero o sin



rumbo. Creamos o no, la inquietud está ahí, y por ello, es inevitable, aún en medio de nuestro escepticismo, entrar en relación crítica con las explicaciones y análisis macro, de amplias unidades en las que todos los fenómenos de la existencia humana adquieren pertinencia.

**1.** El primer tema al que quiero referirme es a la relación o no relación entre Historia como disciplina y la historia en sentido común o historia patria o cívica. En la acepción disciplinar la Historia con mayúscula, para diferenciarla de la otra, presupone la reunión y procesamiento crítico de información sobre cualquier tema o asunto de cualquier sociedad cuyo resultado no es el descubrimiento de una VERDAD que después se hace inalterable sino una obra escrita de tipo interpretativo que puede adquirir o no el valor de una obra de referencia en el mundo de los historiadores profesionales, es decir, de aquellos que se han formado académicamente, como se forma un médico, un ingeniero, un arquitecto, o cualquier otro profesional en nuestra época. Aquí, la obra como todo producto de tipo científico, es sometida a un múltiple proceso de evaluación por parte de pares acreditados, de una comunidad especializada –en la que no todos sabemos de todo- que no dirá si la obra es falsa o verdadera, sino si la obra es acorde con los presupuestos del estado del arte respectivo, si tiene fundamento bibliográfico y apoyo documental. Si es un trabajo original si constituye un aporte al volumen cognitivo existente sobre el problema tratado e incluso, el o los jurados pueden hablar hasta de la coherencia en la formulación y tratamiento del problema, de la calidad de la escritura y de estilo de cierre o apertura del asunto.

En cambio, y no por oposición, la historia patria, es tradicionalmente la reunión de la memoria de una sociedad, pueblo, comunidad o país, en un gran relato, a partir del surgimiento de las naciones modernas, que en el proceso de superación del Antiguo

Régimen y la instauración de las instituciones y valores de la Modernidad responde a la necesidad de una identidad colectiva y de un sentido de pertenencia que rebase la simple leyenda o mito. Se trata, pues, de un relato escrito por personas y comisiones que realizaron exploraciones sobre hechos, acontecimientos, personajes, leyes, sitios e instituciones en la idea de que dicho relato se constituya en elemento fundacional, único, incuestionable, homogeneizante y distintivo, respecto de otros relatos de igual tenor que solo sirven a otras comunidades y pueblos.

El gran relato de carácter patriótico no se propone pues responder a las inquietudes que tradicionalmente nos planteamos en la Historia disciplinar. Aquel se caracteriza en primer lugar por el culto al heroísmo de los fundadores de la patria, por eso no es igual a relatos de otros países. En esta parte el contenido está referido a los esfuerzos, dificultades y sacrificios de quienes hicieron posible la creación de la nación o la república. Batallas, héroes, verdugos, sacrificios, fechas, victorias y derrotas son narrados en un tono épico que despierta emociones y sensibilidades. Toda identidad como sugiere Benedict Anderson está forjada por oposición al otro. El relato se parece mucho al cantar de gesta, pero, también se inspira en una idea cara a la historia positivista que busca reproducir el pasado tal y como ocurrió.

Además de su espíritu épico y glorioso, el relato patrio es, al igual que la leyenda y todo mito, incuestionable, no está disponible para la crítica, no exige erudición previa o una formación especial para que la recepción cumpla el cometido de homogenizar a los individuos de una población en un mismo pasado que a su vez crea la sensación o sentimiento de identidad colectiva. El relato patrio no tiene pretensiones de científicidad, no hace más cultas a las gentes que lo escuchan y memorizan en la escuela. Es un trabajo

orientado más a los campos de la memoria, un equipaje que le da sentido a la vida, no a la ciencia. Se nutre y se complementa con símbolos e iconos distintivos y sagrados: la bandera, el escudo y el himno, cada uno de los cuales, como el relato escrito y oral, es incuestionable, edificante, homogenizador y épico.

En todos los países la estructura y la lógica es casi siempre la misma, por eso no caben juicios de gusto como el que han realizado varios periodistas e intelectuales como Daniel Samper Pizano y Alfredo Iriarte, que han ironizado los contenidos cuando no sugerido la necesidad de rebasar, superar y cambiar esos relatos idílicos, incompletos y anticientíficos por uno que se parezca más a la Historia en sentido disciplinar. Ese tipo de reacción al relato patrio, así como el de historiadores profesionales que han planteado el reto de “mejorar” y “cualificar” la enseñanza de la historia en la infancia, se mueven en lo que en mí parecer es una falsa e impertinente oposición. Esa historia patria no se puede comparar con las historias que hacen los historiadores profesionales, esta no tiene ni puede tener visos sacralizadores o de incuestionabilidad, no busca homogenizar, ni filar ni colectivizar ni llegar a todo el mundo. La una es simple la otra es compleja. Una es formadora de cohesión, la otra, como cualquier conocimiento científico, rebasa fronteras, se mueve a placer en la incertidumbre. La Historia con mayúscula rehace, cambia, transforma y amplía el conocimiento sobre el pasado, el relato patrio es un algo acabado, concluso. Pretender oponer relato patrio con Historia es como oponer fe con razón. El relato patrio es para creer, la Historia es para pensar.

2. Un segundo problema al que me quiero referir está orientado a establecer precisiones respecto de quién es historiador y quién no lo es y de ahí saber cuándo una opinión, idea o reflexión de tipo histórico tiene o no sustento o fundamento disciplinar o científico y

cuando se ubica en el campo de la especulación y del sentido común, es decir de lo que se oye decir o de lo que se cree saber.

En apariencia es fácil dilucidar este problema, sin embargo, el uso y abuso corriente de la noción de Historia nos hace caer en equívocos cada vez más difíciles de aclarar. Estamos acostumbrados a escuchar opiniones sobre historia de parte de profesionales de otras disciplinas, no solo de las más familiares sociales y humanas, sino también de las llamadas ciencias exactas. A la Historia apelan sin rubor políticos y poetas, los unos para lucir o posar de intelectuales y ganar prestigio, los otros, casi siempre, para condensar o reducir en frases apretadas y efectistas cientos de años de historia en una parrafada finamente escrita para hacerse célebres. No hay nada más fácil en el mundo académico que la trivialización disfrazada con fraseología concluyente. Es lo que Daniel Pécaut llama la “vulgata histórica” -al criticar las desafortunadas opiniones del poeta William Ospina- que reemplaza el paciente e ingente trabajo de los académicos por el facilismo de la opinión libresca. Cuando se acepta que cualquiera puede ser par nuestro estamos permitiendo la banalización de la disciplina y el oficio. Es un vicio muy ligado a la creencia de que la Historia es muy fácil, que la Historia es un discurso que revela la verdad, así de simple, por tanto al alcance de cualquier profesional, como si se tratara de un pasatiempo.

No ocurre cosa parecida con otras disciplinas, ni siquiera en el ámbito de las ciencias sociales y humanas. No se acepta que cualquier aparecido funja de filósofo, antropólogo, lingüista, etnólogo o sociólogo, mucho menos las ciencias exactas admiten la intrusión, que así se debería denominar a ese vicio, de especuladores que posen de químicos o matemáticos o físicos. Una cosa es querer llegar a núcleos cada vez más amplios de la población para hacerles inteligibles o comprensibles algunos de los problemas que se

ventilan en el mundo del saber científico, para lo que ya existen técnicas, y para lo que se supone un cierto nivel de desarrollo cultural y académico de la población, y otra, muy otra, es creer que cualquiera puede acceder, sin el esfuerzo requerido, sin el lleno de los requisitos formativos, a los vastos problemas de la Historia.

De aceptarse esto último, no valdría la pena mantener abiertos los programas de formación académica en la disciplina. Suena antidemocrático, excluyente y elitista, pero, así ocurre con el saber al margen de cualquier consideración moralista. Ganar un espacio en una comunidad académica exige el desarrollo de competencias y aptitudes que solo se logran a partir de esfuerzos, disciplina y formación curricular dirigida. Debemos entender que cada profesión o disciplina tiene su propio régimen, reglas de juego, requisitos y cualidades que no todo mundo puede llenar. De pronto, en siglos pasados, era admisible que, como decía Philippe Ariés, la historia fuera un oficio del que se ocupaban ciertos abogados los fines de semana, o que de la Historia como “reproducción exacta del pasado” se ocuparan otros profesionales liberales o autodidactas. En el mundo científico de hoy, la Historia se ha posicionado como una disciplina compleja, respetable, que, no obstante, está en mora de señalar sus linderos. Por ejemplo, que su objeto no consiste en una mera narración de hechos ordenados cronológicamente.

Precisamente, la idea que circunscribe la Historia a una técnica narrativa es la que propicia su adscripción a uno de los varios géneros literarios. El razonamiento es simple: como quiera que el pasado ya no es, ya dejó de ser, todo lo que digamos sobre él está en el orden de la invención, los textos que se escriben, a su vez se convierten en fuentes de tal forma que toda historia es o está referida a lo que ya se ha escrito sobre ella. La invención y la imaginación cobran la misma importancia que, para los que no compartimos esa visión,

tienen los documentos, los textos, las huellas y rastros de todo aquello que hicieron los hombres en determinados ámbitos. Así, por ejemplo, no cabe la imaginación, o no puede ser esta la rectora de la estructuración de una narrativa en torno al asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. La atmósfera emocional de odios entre liberales y conservadores ilustrada en la prensa de la época, en editoriales, en crónicas, en documentos oficiales y hasta en caricaturas, modelan y sirven de fundamento a cualquier análisis que un historiador quiera hacer sobre el tema, ejercicio en el que es admisible y comprensible cierto nivel de imaginación, como cuando se habla de manera metafórica, como lo hace Herbert Braun en *Mataron a Gaitán*, de una direccionalidad de la protesta de la multitud.

En el debate sobre las diferencias entre literatura e Historia es muy esclarecedor un texto del historiador Eduardo Posada Carbó incluido en su libro de ensayos *El desafío de las Ideas*. Una cosa es la pretensión de un novelista de utilizar una situación, acontecimiento o personaje histórico real, para construir un relato basado en diálogos, pensamientos y hechos imaginados y otra muy diferente es atribuirle a ese producto la categoría de obra de Historia. ¿Por qué? Se preguntarán ustedes razonablemente. Son varios los literatos que han incursionado en las narraciones históricas, Marguerite Yourcenar en *Memorias de Adriano* y en *Opus Nigrum*, Fedor Dostovietski, Marcel Proust, Honoré de Balzac entre muchos otros, que lejos de toda tensión académica han sabido plasmar en sus novelas aspectos de la vida social, de la cotidianidad, de los sentimientos y de las costumbres y resortes morales de sus respectivas sociedades. En Colombia García Márquez nos legó en *Cien años de soledad* algo parecido, y en *El general en su laberinto*, lo que para muchos es el mejor trabajo sobre el final del Libertador Simón Bolívar. Sí, digo en positivo, deberíamos los historiadores tomar nota de los aportes que podemos encontrar en la obra de literatos

destacados abundante, rica y calificada información que nos puede servir de complemento de la que recogemos en otro tipo de fuentes. No, en sentido negativo, si lo que se nos trata de vender es la idea de que las obras literarias, por el hecho de contener información histórica constituyen obras de Historia. La obra de un historiador adquiere una consistencia distintiva en cuanto tiene el deber de pasar por al menos cuatro filtros: 1. Mostrar un conocimiento de toda la bibliografía escrita previamente sobre el tema que se está investigando, es decir, ser pertinente historiográficamente. 2. Estar sometida a evaluación por pares académicos y editoriales, es decir, formar parte de una comunidad científica y de una de sus corrientes o enfoques o áreas de especialidad. 3. Tener sustento o fundamento documental que hagan creíble el discurso que está siendo presentado. 4. Ser publicada y circular entre la opinión ilustrada y especializada.

No nos imaginamos un literato sometiendo una novela o un cuento a la consideración de un jurado para optar un título de magíster o doctor. Mucho menos llenando su obra con citas de pie de página, unas conclusiones y una bibliografía o entrando en debate metodológico con otros colegas. El novelista tiene la libertad de dejar volar su imaginación y crear situaciones y personajes e historias sin tener que demostrar su pertinencia científica. Su finalidad no es crear conocimiento sino recreación, estimular sensibilidad con las artes y hasta miradas críticas sobre problemas éticos y morales de la sociedad, su juez natural es el gran público. La imagen sobre el historiador es la de un estudioso, un analista, un investigador, un erudito y pensador, cuyas obras arrojan luces sobre el pasado y al que no le es permitido hacer de la imaginación su fuente principal de inspiración.

**3.** El tercer tema al que me quiero referir hoy tienen que ver con el estado actual de la disciplina. Parto de un interrogante, una pregunta ronda el ambiente de nuestra comunidad:

¿está en crisis la Historia? La respuesta no es nada fácil. En el entendido de la pérdida de valor y eficacia de los paradigmas que regían nuestro trabajo bajo los cuales se produjo el más elevado volumen de obras producto de investigaciones de campo y que de una u otra forma proporcionaban un margen amplio de certidumbre, la respuesta es afirmativa. En efecto, si tomamos como punto de partida la concepción de la historia humana con sentido, desde la cual se acometieron grandes empresas investigativas, que fue útil para dividir la Historia en eras y periodos, en sociedades y culturas y civilizaciones, en problemas estructurales como economía, sociedad y cultura, y nos situamos en las últimas dos o tres décadas observamos un abigarrado panorama temático, una miniaturización temática o como lo explicita el historiador francés Francois Dosse en el sentido de que hemos llegado a una historia en migajas, a girones, a pedazos. Una excesiva parcialización que va desde el giro lingüístico que alude al estudio de campos discursivos que se supone dan cuenta de realidades específicas y que tienen una gran autonomía respecto de otros aspectos de la vida, que no admiten la idea de la causalidad ni de la determinación de unas estructuras hacia otras o hacia a algunos aspectos de la vida, hasta las historias particulares sobre el proceso de producción de saberes y de profesiones, al estudio de aspectos micro de la existencia a la manera como el biólogo estudia en una célula bien la célula en sí misma o bien el universo que en ella se expresa y se inserta, como es lo que se ejemplifica a la perfección en el estudio del genoma humano.

La crisis de los paradigmas rectores de las ciencias sociales y humanas ha sido aprovechada por los teóricos de la llamada posmodernidad que se basan en dicha crisis para reafirmarse en la idea de que estamos viviendo una nueva época y por tanto una nueva forma de entender la existencia humana en todos los sentidos. Una de las características de esa nueva



era sería la ausencia de paradigmas o ideas hegemónicas. Sus exponentes no admiten que en la vivencia de la Modernidad hay un espacio para las crisis del “modelo”.

Retomando el debate entre Bejarano y Archila, podemos decir que el diagnóstico que dejó Bejarano es pesimista y lapidario, según él, estamos ante un momento de gran perplejidad. Archila por su parte se esfuerza en matizar el pesimismo del colega. Hace su crítica a los posmodernos, a las limitaciones del enfoque literaturista de Hyden White para quien la Historia es un género literario. Archila reconoce la validez y legitimidad de nuevas temáticas, nuevas preocupaciones y nuevos enfoques de la disciplina en la actualidad.

Yo pienso que la fragmentación del objeto de estudio de los historiadores está en estrecha relación con la crisis de los paradigmas, no es producto de una política pensada o diseñada sino que es subproducto de un vacío que no tenemos con qué o cómo llenar. Estamos ante nuevas búsquedas que no pasan necesariamente por el rescate de viejos o la formulación de nuevos paradigmas. La primacía de historias muy especializadas y sobre temas muy específicos no se traduce ineluctablemente en decaimiento del espíritu y del rigor científico. La crisis de la idea rectora de una historia total, única y con sentido no conduce obligadamente al abandono del estudio de amplias unidades analíticas.

Sí, hay crisis, pero una crisis que no significa hundimiento de la disciplina sino la ampliación de los objetos de estudio ante el desgaste de paradigmas totalizantes. Han surgido nuevas preguntas sobre el pasado sobre aspectos que se consideraban intrascendentes o de poco valor como la vida privada que se refiere a un vasto universo de temas como el matrimonio, el amor, la mujer, la infancia. Sobre ritos y mitos que se consideraban de la exclusiva competencia de la antropología, sobre los saberes y las

disciplinas, sobre los fenómenos de religiosidad. ¿Cómo no reconocer en la obra del historiador francés Serge Gruzinski, la exposición de una nueva forma de entender el fenómeno de la colonización a través del estudio de la interacción, choque y asimilación de las cosmogonías e imaginarios religiosos y sociales del mundo de los españoles con los de las comunidades indígenas americanas? Varios nuevos campos de agrupamiento se han formado, desde la llamada y exitosa por poco tiempo historia de las mentalidades hasta la más atractiva historia de los imaginarios colectivos y últimamente los llamados estudios culturales. Esto nos indica que el mundo de los fenómenos que tienen que ver con el pensamiento, las ideas comunes, las representaciones, los imaginarios, el saber corriente, que eran mirados como temas secundarios, dependientes y subordinados a las estructuras duras: economía y sociedad, han adquirido vida propia, han alcanzado pertinencia y se prestan, en muchos casos, para la construcción de relatos apasionantes que bordean la buena literatura.

Y por supuesto, como ocurre en todo momento de cambio, la Historia se enfrenta a viejos y nuevos desafíos. Por ejemplo, ¿cómo evaluar los artículos y los textos? Para apartar la cizaña o la escoria aún en el ambiente de incertidumbre que reina, hay herramientas que siempre han sido útiles para cualquier escuela, perspectiva o temática. No puede ser pertinente, por ejemplo, un estudio sobre el rito matrimonial en un periodo corto, ¿por qué? Por la sencilla razón de que es una institución, como otras de parentesco, que solo es observable en la larga duración. Otros fenómenos, una guerra, un asesinato, una revolución, un gobierno, un personaje, en cambio, pueden ser vistos en la corta duración. En esto no cabe la rigidez puesto que ya se ha demostrado que hay asuntos que manifestándose en coyunturas cortas también develan conexiones con la larga duración, como puede ser el

estudio de peregrinaciones, apariciones de santos o de vírgenes y sincretismo religioso en la época colonial como lo ejemplifica Serge Gruzinski o los fenómenos de pánico colectivo como lo demostró Georges Lefebvre.

En la tradición de la disciplina el uso apropiado y riguroso de fuentes documentales, sometidas a crítica, nos abre una ventana de evaluación, y, como decíamos al comienzo, el manejo apropiado, sistemático, de la bibliografía en tanto que la herramienta, el estado del arte nos permite saber la capacidad del investigador para realizar balances críticos, ubicar vacíos, problemas, puntos de debate, desgaste de previas consideraciones y aperturas.

Permítanme un breve digresión sobre la utilidad de las imágenes en el proceso investigativo. Hasta hace muy poco tiempo, se consideraba que el mundo de las imágenes era de poco valor en el proceso de interpretación de problemas del pasado. Siempre se confió, y todavía es así, en la fuente escrita y en los documentos. Se pensaba que las imágenes que tenían algún valor lo tenían en sentido estético y por eso su análisis se dejaba en manos de una especie de subdisciplina, la historia del arte. Sin embargo, en años recientes, la concepción sobre la importancia de las imágenes, desde pinturas, fotos, gráficos, publicidad, hasta comics y caricaturas, además de otros objetos creados por los seres humanos han ganado relevancia y estatus como fuentes privilegiadas de información que rebasan el sentido estético y se pueden usar para complementar el estudio de sus valores de uso, los intercambios simbólicos y los imaginarios colectivos. Peter Burke nos ha facilitado en varios textos, en particular en *Visto y no visto*, una explicación bastante seria y profunda al respecto

En resumen no comparto el magro balance que del estado de la disciplina nos dejó el respetable profesor Bejarano. Una inspección rápida al trabajo que adelantan historiadores en diferentes universidades del país, para referirnos al caso colombiano, nos permite apreciar la existencia de un buen número de colegas formados en niveles de posgrado dentro y fuera del país con tesis y artículos muy novedosos, que si bien se salen de las inercias tradicionales, acreditan juiciosos, dispendiosos y prolongados esfuerzos en el manejo de amplias minas de información. El surgimiento y la consolidación de nuevas revistas de historia, la creación de nuevos estudios de pregrado, maestría y doctorado, dan cuenta de un vigor más que de una decadencia. Una mirada comparativa entre los contenidos temáticos y agrupaciones de los primeros congresos de historia con los realizados en los últimos dos decenios arrojan una diferencia que no es solo de tipo cuantitativo sino también cualitativo. Concluyo evocando una idea simple y grande de Georges Duby cuando afirmó que la Historia no se dividía entre vieja y nueva Historia sino entre buena y mala Historia.